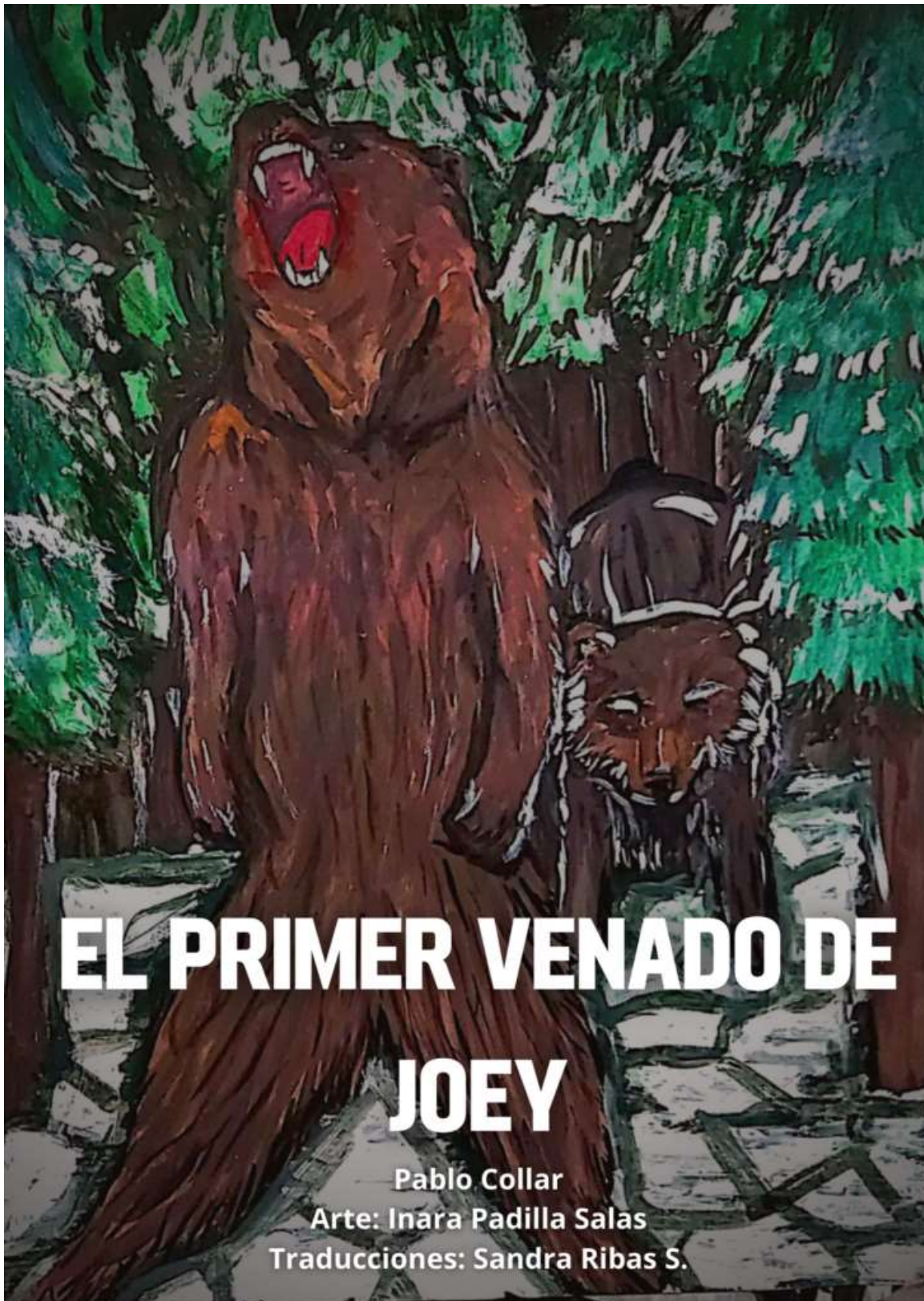




El primer venado de Joey
PD Collar
Traducción: Sandra Ribas S
Arte: Inara Padilla Salas

De la Colección:
Acordes Menores



Esa tarde, el padre y su hijo se sentaban por la tarde en la cima de una colina en la isla de Kodiak. Era en su segundo día del viaje. El chico observó sobre el hombro la nubosa montaña, y el hombre escudriñó el valle al frente. Franz Tabor había cazado y pescado en el Pasagshak durante años y era también el mejor lugar para que Joey cazara su primer venado. Sin embargo, después de dos días, empezaba a parecer dudoso. Franz bajó su rifle y lo apoyó contra el saliente de roca biselado en el que descansaba. Lo que quedaba del día era el resplandor sereno de la tarde plena y el lento descenso al campamento, Franz tomó un primer trago de wiski. Llamó a este lugar el Mirador por su imponente vista sobre Rose Tead, las montañas del oeste y más allá, al este dominaba la ondulante tundra, al pie de las colinas, caía suave en cascada hacia la costa. El lago de abajo desembocaba en una maraña de aceitadas trenzas serpenteando a través de los matorrales del valle, sobre los lechos de expulsión de grava, durante un par de millas antes de su desembocadura fría en la playa de guijarros de la bahía de Pasagshak. Según la forma de pensar de Franz, eso lo convirtió en el río más corto del mundo. Hoy no podrías ver las ocho millas más o menos hasta donde la ensenada, protegida, se abría en el canal de la bahía de Ugak. Sólo veinte millas al este, en la imaginación más allá de la niebla, Ugak desembocaba en el golfo, aguas que había rastreado y rastreado durante años antes de encontrar el sentido de casarse y venir, desde el otro extremo del mundo. El hielo había cubierto una vez esta tierra, y fue el mismo hielo el que hizo retroceder los mares para revelar el puente terrestre de Bering que había generado el Sueño Americano original. El hielo formó gruesos y gigantes glaciares que, a diferencia de la variedad alpina que definía su propia patria austriaca, habían fluido por todo el continente. La forma de las bahías y las formas de las paredes rocosas las colinas, e incluso Rose Tead en sí, debían su complexión al poder escultor del hermoso y terrible hielo.



“¿Dónde están, papá?”

¿Dónde estarían?” se preguntó Franz. El venado negro de Sitka era exótico, nativo de las selvas tropicales de Juneau, pero habían poblado Kodiak desde su introducción hace casi cien años. Ahora era un refugio saludable, y sin depredadores naturales, se habían multiplicado durante las décadas y había que cazarlos, y en ese fin de semana de Acción de Gracias estaban en celo. Hacía frío para ser noviembre, y según los cálculos de Franz, se refugiaron en los valles, así que allí es donde habrían cazado ayer. Salados ayer, se habían asentado en las tierras altas por hoy para ver si se mejoraba su suerte, y así por lo menos, le proporcionaría la mejor perspectiva para pronosticar donde estaría la acción de mañana. Tenían que hacer las maletas el domingo temprano para volver a la ciudad, así que mañana sería la última tanda.

“Maldita sea si lo supiera,” admitió.

Su mirada se desvió del diminuto perímetro de su campamento alzado entre los escasos álamos achaparrados en la orilla cercana de Rose Tead, hacia los juncos de las aguas poco profundas había una bandada de pollos de agua flotando en la tranquila superficie gris de las profundidades y más allá, a los prados revueltos de aliso de montaña y bayas de salmón, en la orilla lejana que se escurría por las laderas áridas, todo el camino hasta las expresivas nubes que envolvían los riscos azules elevados hacia el oeste. Había caído lluvia y aguanieve durante todo el día a causa de las ráfagas de viento, pero el aire se suavizaba hasta convertirse en un resplandor

vespertino y por un momento, el cielo azotador se había calmado. La humedad dentro de su chaqueta era el guijarro en el zapato de Franz, e inseguro de cómo le había atravesado, se sentía quisquilloso e irritable. Tomó otro trago para desviar sus pensamientos y también evitar el frío.

“¡Papá, mira!” Joey siseó tensamente a su lado.

“¡Una manada!”

El viejo salió de su arrobamiento, apoyó su 30-06 y se arrodilló para inspeccionar el terreno. “Hembras” observó.

“Cuento seis.”

“Y un venado por detrás de ellas.”

“Papá, yo cuento diez puntos. “

Era un trofeo venado, por cierto. “Apuesto a que habrá uno o dos que lo seguirán,” dijo Franz en voz baja.

Los animales de abajo le recordaron a los soldados estadounidenses en un valle italiano de antaño, un poco más cerca y menos cautelosos, sin duda, el tiro más fácil. Las ciervas pateaban pegotes de nieve y buscaban algo que claramente les gustaba y eran juguetonas. El venado saltó y pataleó asustando la manada, y las ciervas saltaron lejos de él para reanudar su pastoreo. A través de la mira telescópica de ocho aumentos, el chico vio como el aliento del venado resoplaba poderosamente de sus fosas nasales mientras perseguía a las ciervas. El telémetro de Franz marcaba 150 metros. . . un tiro desafiante para el chico, había unos 30 metros de desnivel, complicando la trayectoria. Una ráfaga de viento trajo una nueva borrasca de humedad, más hielo que agua, el viento añadió otra variable más. Reflexionó sobre la balística.

“Será bastante trabajo, incluso si tengo oportunidad,” susurró Joey mientras miraban el marco. “¿No crees que se ha hecho muy tarde?”

Franz bostezó, y la distancia de repente no parecía tan grande, una pendiente lo suficientemente suave se dirigía hacia la cresta, sería más difícil, retorciéndose bajo una carga, sería como un juego de niños al lado de lo que terminaras haciendo. Aun así, parecían ser cuatro horas de brete para armar el campamento, suponiendo una matanza limpia, y eso era unas dos horas más, tomando en cuenta la luz que les quedaba. La niebla le abofeteó la mejilla, estaba listo para moverse en una dirección u otra. El esfuerzo y el frío eran estimulantes, y el wiski le hizo un cálido hueco en el vientre.

“Una venadita será mejor para el congelador que ese trofeo,” admitió el chico. “¡Mire, papá, ahí está tu venadito!”

Efectivamente, un joven desconcertado saltó sobre la cresta y miró atentamente al venado, codiciando el harén. “Tal vez deberíamos darle una oportunidad a Junior con ese harem,” dijo Franz en voz baja, echándole una Opicara sonrisa a su hijo. “Puedes fabricar un buen mango de cuchillo con la cornamenta de ese viejo venado.”

“¿Y todavía hay tiempo?” el chico contuvo su entusiasmo.

“Vas a tener que apuntar alto,” respondió su padre.

“Pero no demasiado alto,” Joey hizo que su voz imitara el murmullo de su padre.

“Sí,” estuvo de acuerdo Franz, todavía estudiándolo a través de su mira.

“Estoy calibrado a cien metros.”

“Apunte a unos cuarenta y cinco centímetros por encima de la cruz, no más bajo que eso.

“Emm...”

“Es como 19 pulgadas.”



“Un pie y medio,” Joey le hizo números.

“Como la mitad de la altura de su cuerpo.”

“¿Y este viento, Pá?”

“Esa puede ser tu excusa si fallas...”

“Voy a esperar un momento de calma,” anunció el chico.

“Métete en el túnel, Joe Joe. Recuerda...”

“Sí, sí, exhala lento y aprieta suavemente.”

No tenían por qué perseguir a un animal herido en la noche que caía, y Franz también se metió en el túnel y se alineó con el primer venado de su hijo para seguirlo según fuera necesario. Pasó mucho tiempo, y estaban en silencio, el único sonido era el viento que silbaba en ráfagas sobre la cresta y los pequeños trozos de hielo pringando su ropa, mochilas y caras.

El estruendo que astilló la tarde gris fue como la intersección de un hacha contra un succulento abeto que se extendió desde la cima de la montaña en todas direcciones hasta ser retenido entre las nubes y el viento para que el sonido, que no podía escapar al espacio, rebotara por el suelo, en barrancos y valles, elevándose sobre montículos y colinas resonando por millas a la redonda encontrando su camino incluso hacia el mar. El semental cayó en seco, y el viejo bajó su rifle para ver cómo las ciervas se dispersaban y la púa las perseguía, y miró a Joey. Los patos se elevaron desde Rose Tead y cuando sus distantes graznidos llegaron al mirador, ya estaban en el aire formando una bandada. Los dos se sonrieron el uno al otro, el viejo río entre dientes.

“Buen tiro, hijo.”

Se pusieron de pie y se prepararon, el aguanieve se mojó y se levantó. Se ataron las capuchas y se echaron al hombro las mochilas y los rifles. “¿Estás seco?” le preguntó el padre a su hijo.

“Sí, estoy bien,” respondió el chico. “Mis dedos de los pies son agradables y cálidos,” dijo sin pensarlo.

“Esto va a ser fácil,” dijo el viejo. Bebió otro trago, se ajustó bien los guantes y así echaron a andar cuesta abajo, el camino largo y fácil hasta donde yacía el animal, en lugar de bajar directamente por la empinada pendiente. El viento se levantó y el aguanieve húmeda se convirtió en una lluvia ligera. Bajaron rodando a través de pegotes de nieve húmeda mientras el viento silbaba sobre ellos. Una vez que estuvieron fuera de la cresta, no hacía tanto frío, y avanzaron bien, después de un tiempo, Franz comenzó a sudar. Veinte minutos más tarde, cuando llegaron al borde y se acercaron a la matanza, el venado cobró vida repentinamente, hizo un salto frenético y desapareció de la vista sobre la cornisa varios cientos de pies más abajo de la montaña. Se tambaleó en la espesa nieve acumulada en un oscuro barranco.

“¿Debería dispararle de nuevo, papá?”

“Creo que ya ha terminado,” respondió Franz, admirando a lo lejos el nuevo desafío.

“¿Estás bien, papá?”

“Sólo ha sido un largo día, eso es todo. Vamos a atender a nuestra consigna.”

Era curioso cómo la humedad se había metido en sus botas. El chico por supuesto llevaba *mukluks*, pero Franz prefería las botas de montaña, las de cuero con las que se había curtido cuando era recluta. Hizo una nota mental para engrasarlas de vuelta a casa. Su doble forro de calcetines, el algodón dentro de la lana, sería lo suficientemente bueno para hoy, las pequeñas cosas importaban. De todos modos, sus pies no estaban mojados, solo húmedos, un poco dolorosos, pero había vivido con ese horrible recuerdo durante treinta años y sabía cómo manejarlo. También sintió húmedos los costados y esa humedad, junto con el sudor de unos minutos antes, era pegajosa mientras se espesaba alrededor de su caja torácica.

Tenía ganas de descansar, pero cuando su hijo volvió a la tarea, se detuvo para luego seguir adelante.

El venado todavía no estaba del todo muerto, y Franz mantuvo firmes los cuernos y le abrió el cuello, y vieron cómo el animal se desangraba y sus ojos se oscurecían. Cortó la parte inferior del vientre y le entregó el cadáver al chico para que lo destripara, luego lo guio por las partes que siguieron. Mientras le mostraba a Joey cómo quitar la piel y separar el tendón del músculo, se hirió en un dedo por descuido, pero siguió moviéndose, su irritabilidad picaba y, por supuesto, el chico se dio cuenta. Pero se controló y pidió a Joey que se hiciera cargo, se frotó la sangre de las manos con nieve y bebió de nuevo de la pacha. Una vez que el venado estuvo despellejado, le mostró a Joey cómo cortar los solomillos del interior y luego los lomos en la parte posterior, y le indicó como quitar el hueso y cómo sacarlo limpio y entero. Joey embolsaba carne mientras el viejo descuartizaba. Casi al final, Franz aceleró el paso y cuando sacó la sierra para metales del paquete, se movía bastante rápido, separó bruscamente los jamones y los hombros de la columna vertebral e hizo que Joey trozara las patas y las astas; mientras cortaba, cargó los dos bultos, dejando las costillas, los despojos, la cabeza y el resto para los osos.

“No es muy bonito,” admitió. “Pero tenemos terreno que cubrir.”

Joey sonrió con orgullo mientras preparaban sus abrigos, guantes, cremalleras y botas, se echaban al hombro sus mochilas y rifles para volvían sobre sus pasos. Franz abrió el camino esta vez, impulsado por un nuevo misterio y su agitado pulso. Una vez que logró salir de la hondonada y regresar al lugar donde el animal cayó por primera vez, el viejo se giró para encontrar en los ojos de su hijo el dolor y el peso del trabajo y sintió lo absurdo del proceso. Cuando analizabas todas las tonterías, todo lo que quedaba era alimentar a tu familia, y esto lo hacían los hombres, y este era el tipo de hombre que Franz quería formar en su hijo con su propio ejemplo. El tormento de Joey era la euforia de Franz, esto era algo que tenía que entender, una de las cosas en las que, como hombre, su hijo, por definición, tenía que conocer íntimamente.

Un segundo viento hinchó las velas de Franz, quien silbó una canción popular tirolesa al avanzar rápidamente cuesta arriba, resbalando un poco en su desordenado

rastros. Hizo caso omiso de la niebla que sopló en su cara y mojaba su cuello, alzó sus hombros, mientras retrocedía desde la hondura trasera a lo largo de la cresta, ganó distancia sobre el chico, quien, sin embargo, aguantó magníficamente bajo la carga.

“Pesado, ¿verdad?” le gritó Franz a su hijo, riéndose.

“Me está matando,” admitió el chico, logrando sonreír.

“¿Quieres descansar?”

“No, sigamos. Descansaremos en la cima,” respondió el chico.

“Joe Joe, mi cuate,” sonrió Franz.

Cuando llegaron al mirador, Joey apenas podía distinguir su campamento allá abajo, en la luz menguante, solo porque sabía dónde buscarlo. Dejó caer su mochila y así callo encima de ella, ajeno a todo excepto al dolor en su pecho mientras recuperaba el aliento. Se apoyó en el frío y duro borde y lo encontró intimidante, difícilmente el sillón suave contra el que su papá parecía descansar tranquilo. El bisel glacial contra el que se reclinaba el viejo había dominado el Pasagshak desde prácticamente el principio de los tiempos y desde entonces un favorito entre los cazadores Inuit y osos solos, mas el ocasional hombre blanco, no existía otro sitio en el mundo entero tan sagrado para Franz, quien lo consumía en la luz del día, el valle completo abajo con sus detalles bien resaltados.

Rebuscó y encendió fósforos para iluminar las reservas agotadas y cargó al hombro un saco de veinte libras de azúcar, se deslizó más allá del guardia que roncaba en una noche sin luna; bordeó los centinelas del perímetro para deslizarse en el bosque oscuro y se dirigió hacia el sur por las montañas. Sus probabilidades eran escasas en febrero, pero cuando los lobos de la guerra rodeaban a un venado debilitado, era la única oportunidad de lucha con la que sabía que podía contar. Cuidó la bolsa de azúcar durante dos semanas e cruzó la fila tres días después, herido contra su hambre, se obligó a bajar de la nieve profunda hasta llegar a Italia e ignoró el entumecimiento de los dedos de sus pies para atravesar lo que creía que era el desierto. Incapaz, en sus alucinaciones, de prepararse para su inevitable muerte. Pero Dios no estaba listo para él y el diablo estaba demasiado distraído con Europa para llevárselo, finalmente tropezó con tierra debajo de las espesas nieves donde había cuevas. Se encontró con un oso agazapado que emergió de su sueño invernal y le disparó; así comió la carne cruda durante un día antes de acostarse en una cueva para la amputación de sus dos dedos negros. Cauterizó los choncos con su daga. Evitó las visiones fantásticas con carne asada. Diseñó un campamento para albergar la eternidad que le tomó la recuperación para adaptarse a su nuevo y doloroso modo de andar para explorar su incierto nuevo y esperanzado dominio. Mientras ganaba fuerza, esquivó a las extrañas bandas de partisanos, pero se aventuró más lejos en círculos cada vez más amplios; atrapó un par de liebres y descubrió hierbas aromáticas y otras cosas del bosque para comer, arponeó truchas mientras May levantaba sus dobladillos en su escaramuza

desde el bosque. Mediterráneo. Su escondite estaba dentro del mismo terreno de piedra caliza donde los neandertales fueron desplazados por sus antepasados más ágiles y los romanos se rozaron por primera vez contra sus parientes paganos de la tribu. Para Franz, las semanas eran meses, ya cuando estuvo seguro de que la guerra tenía que terminar, se desvió más y encontró un escuadrón de estadounidenses bien alimentados a los que pudo acercarse sigilosamente en la noche para dejar su 98 y rendirse. una noche de junio cuando estaban comidos y seguros, en lugar de dispararle en el acto, lo tomaron prisionero. Para cuando se encontró en un campo de prisioneros de guerra alemanes en la extraña tierra plana de Arkansas junto a su gran Mississippi similar al Rin., el Führer estaba en sus últimos estertores en el búnker de Berlín, los estadounidenses no permitieron que Franz se embarcara para luchar en el Pacífico debido a sus pies. Así que le permitieron quedarse en esa tierra, su tierra ahora, lo liberaron en el corazón de Estados Unidos con un juego completo de ropa, zapatos y diez dólares, entonces le dijeron que comenzara una nueva vida.



“¿No crees que es mejor que sigamos nuestro camino, papá?”

Franz reflexionó mucho tiempo antes de finalmente responder.

“Nunca quiero tener demasiada prisa, hijo”

“Me estoy enfriando, papá. Creo que deberíamos seguir adelante.”

“Recobremos fuerzas un poco más aquí con un pequeño descanso, ahora que la lluvia ha cesado. Se siente tan bien aquí que casi podría tomar una pequeña siesta.”

Por supuesto, la lluvia para nada había parado. “Bueno,” Joey se rió torpemente, “entonces quizás quieras dejarme tener la pistola en caso de que un oso se acerque a toda esta carne.”

El chico seguro tenía la palabra en eso. Franz bebió otro trago de la pacha y la encontró casi vacía. “Bien pensado, no se puede dejar que los osos entren a escena...”

La puesta de sol no fue solo el evento que viste, sino más bien una progresión de grises más profundos moviéndose a través del cielo occidental, un secreto oculto revelado solo en pistas de su paso, según la estimación del chico, era una hora entera después de la puesta del sol y casi oscuro en media hora. Todavía tenían probablemente dos horas de caminata en las mejores condiciones, eventualmente tres, con la carga, y Pá chiflado. Joey quería más que nada estar resguardado de la lluvia, sin esta ropa, fuera de la montaña y envuelto en su franela del saco de dormir, pero él y el viejo descansaron un poco más en el viento y escupiendo suavemente la lluvia y el aguanieve, mirando hacia la noche.

Pudo haber terminado siendo un vaquero en Nuevo México o un matón en Wyoming o haberse establecido en algún comercio en California, pero el mar que miraba desde el delta del río Columbia lo atrajo con toda la ferocidad que su travesía del Atlántico, como prisionero de guerra lo había desterrado, y había acabado su cuota de corazones rotos en los puertos de escala durante sus años en el mar, había abreviado los circuitos alrededor de Kodiak, una tierra que parecía burlarse de todos sus vacíos preternaturalmente llenos. Alquiló una habitación y dejó su andar de marinero, la barra de servicio y el remendar las redes. Llevó clases en el colegio comunitario y se preparó para obtener un título y tomó a la chica más hermosa del mundo, una Ravistok, nada menos, la convirtió en su esposa, consiguió un trabajo como consejero en la Escuela Secundaria Kodiak de la cual, quince años después, era el director y también el amoroso padre de su hijo primogénito de doce años y tres adorables hijas, de diez, siete y cuatro años. En la oscuridad que envolvía el Mirador, sus ojos vagaron por el paisaje, reviviendo las características de un raro día de julio sin nubes en el que caminó hasta aquí años atrás y lo había visto en todos sus espléndidos colores de bronce plenamente iluminados hasta donde lo permitía la curvatura de la Tierra. Esta noche vio todo eso y más, mucho más allá de la curvatura del océano. Pero la visión que decidió apaciguar en su pecho fue la de la pequeña Sasha, la adorada Sasha, su hija mediana gritando de alegría mientras su vara latía, arrastrándola locamente a lo largo de la barra de grava del río, ahora muy por debajo de él, ahora deslumbrante de una luz increíble, la línea zigzagueando a través del agua, y el enorme coho, que finalmente aterrizó, los ojos plateados de Sasha, Joey, sus hermanas y su madre corriendo para rodearlo y celebrar su euforia mientras la hembra agotada jadeaba en la orilla, los huevos fluyendo con firmeza de su cuerpo vencido. Eso fue más temprano esta mañana o ayer o el año pasado o algo así, y docenas de águilas calvas retozaban juguetonas para atiborrarse del cansado pescado, mientras los osos invadían, desconfiando de los humanos, esperando su legítimo turno para alimentarse. Había empacado al vacío sesenta libras de salmón rojo y plateado ahumado en las carreras de este año y tenía cuarenta cuartos de galón en escabeche, todo listo y fechado cuidadosamente en la despensa. Y había una docena de pintas de conservas de bayas de salmón de la cosecha de junio y el trabajo de Darla sobre la estufa y unas buenas sesenta libras de halibut congelado pescado en primavera, suficiente para pasar el invierno. Habría cangrejo con la llegada de la temporada. Ahora, también sesenta libras de carne de

venado del primer venado de Joey, carne que comerían fresca esta semana y congelarían para luego ahumar el resto. . .

Después de un largo rato de descanso, Joey le dio un codazo al viejo, pero por la resistencia de su codo, Joey supo que su padre estaba muerto. Los ojos de Pá estaban abiertos, y su mirada era curiosa y reposada, congelada en medio de una placentera sorpresa. Joey miró durante mucho tiempo sin moverse para pensar en ello. Cuando lo logró, finalmente, no cabía dentro de él tanta conmoción, agitación o cualquier otra cosa que no fuera el cálculo y la razón.

Estaba en un problema, claramente, y Pá no iba a poder sacarlo de este, no esta vez. Joey frunció el ceño sombríamente ante el vuelco de las circunstancias. Se quitó un guante y abrió la chaqueta de su padre para sacar el revólver que colgaba de la pistolera y reaccionó el ceño ante la humedad dentro del abrigo de Pá. El chico de nudillos blancos se puso de pie y detuvo sus manos temblorosas para comprobar la carga de la pistola, aliviado al ver que las balas eran cartuchos huecos, probó su linterna contra la ignominiosa noche, recreó la topografía en su cabeza para enrumbarse de regreso al campamento. El olor de la carne de venado caliente de la matanza era denso, pero él resistió el pánico de correr hacia el inminente peligro. Dejó los rifles contra la roca y las mochilas donde yacían y se agachó para mirar de nuevo a su padre a la cara antes de volver montaña abajo para enfrentarse a la tarea con la linterna y una magnum 357.



Tardaron hasta el mediodía del día siguiente hasta obtener ayuda del pueblo para salir y subir la montaña. Joey lideró el grupo que luego comentó sobre la crueldad de tener esta horrible tarea después de haber pasado, por tanto. Trataron de disuadirlo, naturalmente, le aseguraron que podían encontrarlo por su descripción, pero él no lo quiso; por supuesto, por el deber sagrado y todo, por sombrío que fuera. Llegaron al puesto de vigilancia final de Franz, los rifles estaban allí, inmóviles donde Joey los

había dejado. Los paquetes rotos y los pedazos de tela tirada se esparcieron como piñata por la escena.

No había ni rastro de la carne de venado. Y más allá de las feas trazas marrones en la nieve manchada y las huellas de sangre, tampoco había señales de Pá.

El grupo de rescate condujo al chico de regreso montaña abajo, al pueblo, recorrieron el terreno durante tres días en busca de alguna parte de Franz Tabor que pudieran entregar a su esposa para que la enterrara.

Los abuelos de Joey organizaron un servicio fúnebre y su madre se ahorró los costos del ataúd y la tumba en el cementerio. Consiguió un acuerdo de pensión de la escuela y de la seguridad social, pero como eran dueños de la casa nunca quisieron, sobre todo teniendo en cuenta la prodigiosa despensa. Meses más tarde, mamá tomó un trabajo de secretaria en la oficina de abogados de la ciudad y las cosas siguieron adelante. Después de un año se volvió a casar y Joey y sus hermanas llegaron a aceptar a su padrastro. Una vez que Joey obtuvo su licencia para conducir, regresó a Pasagshak al muelle de Pá, para pescar tintos en mayo, dollies en julio y agosto y cohoes en septiembre. Incluso hizo la peregrinación con amigos de la escuela secundaria durante las vacaciones de primavera en su último año y pescó halibut en el dory de Pá en las profundidades de la apacible bahía de Pasagshak. Cuando su madre vendió la colección de armas del viejo, Joey insistió en quedarse solo con la 357 y una Beretta calibre 12 y dejó que ella vendiera todas las demás armas de fuego sin decir nada. Mató muchos patos en sus años de escuela secundaria en las bahías y pantanos al sur de la ciudad, pero nunca se enojó con los venados. Vendió el revólver en julio después de graduarse y se fue a pescar, luego a la marina mercante para navegar alrededor del mundo. Permaneció fuera durante tanto tiempo que nadie lo reconoció cuando regresó muchos años después a los muelles de Kodiak, donde el recuerdo de su padre se había derretido durante mucho tiempo en la lluvia que corría de las montañas al mar

.

